

Imágenes de mujer en la obra de Ignacio Manuel Altamirano

Images of Women in the Works of
Ignacio Manuel Altamirano

Raquel Díaz Galván*

** Profesora-Investigadora de la Benemérita Escuela Nacional de Maestros (México). Es doctora en Historia por la Universidad Nacional Autónoma de México. Entre sus publicaciones recientes está “El primer monumento a la educación: Benemérita Escuela Nacional de Maestros” (2024). Cuenta con Reconocimiento como acreedora de la Segunda Cátedra Joan Pagès Blanch en el marco del XI Encuentro Nacional de Docencia, Difusión e Investigación en Enseñanza de la Historia y Ciencias Sociales 2025. Sus temas de interés son historia de México s. XIX e historia de la educación s. XX.*

Correo electrónico: raquel.diazg@aeefcm.gob.mx

 <https://orcid.org/0000-0002-3163-9187>

Historial editorial

Recibido: 3-marzo-2026

Aceptado: 17-mayo-2026

Publicado: 31-julio-2026



Imágenes de mujer en la obra de Ignacio Manuel Altamirano

Resumen

El presente trabajo tiene como propósito realizar un acercamiento a la visión del escritor, político, periodista y maestro Ignacio Manuel Altamirano, con respecto a las mujeres. A lo largo de su trayectoria y en sus diversos escritos, Altamirano plasmó sus ideas y pensamientos en relación con el género femenino. En un siglo caracterizado por los conflictos político-militares, tanto nacionales como internacionales y, especialmente, después de que se logró pacificar y estabilizar al país a partir de la restauración de la república, los esfuerzos por construir a la patria fueron una prioridad. Sin embargo, en esa sociedad decimonónica mexicana todavía estaba sumamente enquistada la concepción de que las mujeres debían estar circunscritas a las labores “propias” de su sexo: el cuidado de los hijos y la organización del hogar familiar. De ahí que resulte primordial conocer y difundir qué es lo que un hombre con la preparación que Altamirano tenía y en el marco de la patria deseada, pensaba con respecto a los roles de género que desde la época virreinal se habían establecido y se mantenían vigentes todavía en la segunda mitad del siglo XIX. ¿Cómo concebía a las mujeres?, ¿cuál era el rol que deberían tener en la sociedad moderna? Estas y otras interrogantes relacionadas con el tema son parte de lo que se abordará en esta investigación. Para ello se tendrá como base la revisión de la obra del maestro Altamirano que se ha recopilado en veinticuatro volúmenes que servirán como fuente principal.

Palabras clave: Ignacio Manuel Altamirano, educación, femenino, maestro, mujeres.

Images of Women in the Works of Ignacio Manuel Altamirano

Abstract

The present study analyzes representations of women in the works of Ignacio Manuel Altamirano, a writer, politician, journalist, and educator whose intellectual production contributed to debates surrounding the construction of the Mexican nation during the second half of the nineteenth century. In a context marked by the political and social reorganization that followed the Restoration of the Republic, discussions of education, citizenship, and modernity coexisted with gender conceptions that tended to associate women primarily with the domestic sphere, motherhood, and family care. Against this background, the study examines how Altamirano represented women, the attributes and roles he assigned to them, and the place he envisioned for them in the Mexican society of his time. It also explores possible tensions between the ideas of modernization and progress present in his thought and the persistence of traditional conceptions of women's roles. The research is based on a review and analysis of Altamirano's collected works in twenty-four volumes, which constitute the study's primary source corpus. Through this body of work, the study seeks to examine how Altamirano perceived women and the roles he considered appropriate for them within a modern society. These questions, together with other related issues concerning gender, education, and social expectations, guide the analysis.

Keywords: Ignacio Manuel Altamirano, education, women, gender, representations of women.

Images de la femme dans l'œuvre d'Ignacio Manuel Altamirano

Résumé

Ce travail a pour objectif d'aborder la vision de l'écrivain, homme politique, journaliste et enseignant Ignacio Manuel Altamirano à l'égard des femmes. Tout au long de sa trajectoire et dans ses divers écrits, Altamirano a traduit ses idées et ses réflexions sur le genre féminin. Dans un siècle marqué par des conflits politico-militaires, tant nationaux qu'internationaux, et particulièrement après la pacification et la stabilisation du pays à la suite de la restauration de la république, la construction de la patrie constituait une priorité. Cependant, dans cette société mexicaine du XIXe siècle, la conception selon laquelle les femmes devaient se restreindre aux travaux « propres » à leur sexe — le soin des enfants et l'organisation du foyer familial — demeurait profondément enracinée. Dès lors, il s'avère primordial de connaître et de diffuser la pensée d'un homme doté de la formation d'Altamirano sur les rôles de genre établis depuis l'époque vice-royale et toujours en vigueur dans la seconde moitié du XIXe siècle, dans le cadre de la patrie projetée. Comment concevait-il les femmes ? Quel rôle devaient-elles jouer dans la société moderne ? Ces interrogations, entre autres, articulent cette recherche. Celle-ci s'appuie principalement sur le dépouillement de l'œuvre du maître Altamirano, rassemblée en vingt-quatre volumes servant de source fondamentale.

Mots-clés : Ignacio Manuel Altamirano, éducation, féminin, enseignant, femmes.

Wizerunek kobiety w twórczości Ignacio Manuela Altamirano

Streszczenie

Celem niniejszej pracy jest przybliżenie spojrzenia pisarza, polityka, dziennikarza i nauczyciela Ignacio Manuela Altamirano na kwestię kobiet. W trakcie swojej kariery i w licznych pismach Altamirano wyrażał własne idee i przemyślenia dotyczące płci żeńskiej. W wieku charakteryzującym się konfliktami polityczno-wojskowymi, zarówno krajowymi, jak i międzynarodowymi, a zwłaszcza po pacyfikacji i stabilizacji kraju w okresie Restauracji Republiki, priorytetem stały się wysiłki na rzecz budowy ojczyzny. Jednak w owym XIX-wiecznym społeczeństwie meksykańskim wciąż silnie zakorzenione było przekonanie, że kobiety powinny ograniczać się do prac „właściwych” dla ich płci: opieki nad dziećmi i prowadzenia domu. Stąd też kluczowe jest poznanie i upowszechnienie poglądów człowieka o wykształceniu Altamirano na temat ról płciowych ustalonych jeszcze w epoce wicekrólestwa i wciąż obowiązujących w drugiej połowie XIX wieku. Jak postrzegał kobiety? Jaką rolę powinny pełnić w nowoczesnym społeczeństwie? Te i inne pytania stanowią trzon podjętych badań. Podstawę analizy stanowi przegląd dzieł Altamirano zgromadzonych w dwudziestu czterech tomach, które posłużyły jako główne źródło.

Słowa kluczowe: Ignacio Manuel Altamirano, edukacja, kobiecość, nauczyciel, kobiety.

¿Quién era Ignacio Manuel Altamirano?

Altamirano tuvo un origen muy precario. Nació en el seno de una familia humilde, en un pueblo conocido como “de indios”, en Tixtla —en ese entonces Estado de México—, en 1834. En su más tierna infancia tuvo acceso a una educación limitada. En su comunidad había una escuela rural, aunque en realidad puede decirse que se trataba de un maestro que atendía en su propia casa, adaptada como salón de clase, a los pequeños del lugar. Se sabe que ese maestro organizaba su grupo siguiendo la clasificación de los “niños de razón” y los que no. Los primeros eran niños mestizos, en tanto que los segundos eran indios. A este grupo pertenecía Altamirano. A los primeros se les enseñaba a leer y escribir, las operaciones aritméticas básicas y todo conocimiento que el maestro fuera capaz de transmitir. A los otros no solo se les separaba y relegaba en bancas aparte, sino que se les condenaba a aprender de memoria las distintas oraciones religiosas que todavía se estudiaban en el *Catecismo del Padre Ripalda*, que provenía de finales del siglo XVI. Se consideraba que no eran capaces de aprender algo productivo, por eso, al menos, se les preparaba para ser buenos cristianos.

El destino que parecía que ya estaba marcado para Altamirano dio un giro inesperado cuando, en el inicio de una nueva administración del gobierno estatal en 1848, el gobernador Francisco Modesto de Olaguibel decidió invitar a Ignacio Ramírez a su equipo de trabajo. Este no solo aceptó, sino que inmediatamente puso manos a la obra y propuso un programa de becas destinadas a los niños más necesitados de la entidad, en especial los indígenas que supieran leer y escribir para que pudieran acudir a continuar sus estudios en el Instituto Literario con sede en Toluca. Altamirano, pese a haber estado ubicado en la banca de los niños “sin razón”, había asimilado todo lo que el maestro del pueblo pudo enseñarles a los otros; es decir, había aprendido a leer y escribir poniendo atención a lo que hacía el maestro. Eso, sumado a la recomendación que hizo su profesor, le valió obtener la beca de su pueblo para acudir al Instituto; con ello, su vida cambió completamente.

En el Instituto Literario, Altamirano conoció al maestro Ignacio Ramírez e, impresionado por su enorme sapiencia, decidió seguir sus pasos: ocupó todo el tiempo disponible que tuvo mientras fue alumno interno para abreviar de cuanto libro estuvo a su disposición en la biblioteca. Ahí comenzó su afición por la lectura, la cual lo acompañó por el resto de su vida. Tiempo después continuó sus estudios en el Colegio de San Juan de Letrán en la Ciudad de

México, donde finalmente se graduó en la carrera de Derecho. Más tarde fue diputado y luego participó como militar en la Segunda Intervención Francesa. Al concluir la lucha armada, formó parte de la Suprema Corte de Justicia, fundó y colaboró en distintas publicaciones periódicas, escribió novelas y todas esas actividades las combinó con la impartición de clases en escuelas, como la Escuela Nacional Preparatoria, la de Jurisprudencia o el Colegio Militar.

Durante mucho tiempo y en sus distintos escritos, una preocupación que se mantuvo presente en Altamirano fue la educación de los otros, de los olvidados, de los más necesitados en la sociedad, de los como él. Para Altamirano, toda la sangre que se había derramado era para tener la patria nueva que se merecían los mexicanos, una que sirviera a los más pobres – que, como hoy, son la mayoría –, otorgándoles mejores condiciones de vida y haciendo de ellos ciudadanos libres capaces de defender sus derechos. Tan convencido estaba de esas ideas que elaboró un proyecto educativo que cristalizó en la fundación de la Escuela Normal de Profesores de la Ciudad de México, la institución especializada en la formación de los maestros que serían los responsables de educar a la infancia de nuestro país. Siendo uno de los maestros fundadores de la Normal, fue comisionado como cónsul de México en Barcelona por el presidente Porfirio Díaz. Más tarde ocupó el consulado de México en París; sin embargo, su salud estaba ya muy afectada. En busca de mejores condiciones climáticas que mejoraran su precaria condición física, se trasladó a San Remo, Italia, donde finalmente falleció a la edad de 59 años. Se apagaba así una de las mentes más lúcidas de su tiempo, un hombre progresista que tenía una visión clara de lo que en el país se necesitaba en ese momento y para el futuro; de ahí que los retratos femeninos que nos presenta se mantienen todavía vigentes en la actualidad y requieren mayor difusión.

Frivolidad, tu nombre es de mujer (y de varón también)

Altamirano inició su vida en las letras como otros jóvenes de su tiempo: escribiendo poemas que nos ofrecen los primeros esbozos de cómo concebía al género femenino. En sus años mozos, la visión que había logrado establecer era a partir de las jóvenes de su pueblo, por quienes sin duda sentía alguna atracción y con ella vinieron las primeras decepciones amorosas. Así, a partir de la metáfora donde equipara a las jóvenes con las abejas plantea:

Una infame y perjura cortesana
tu corazón sedujo; tú la amaste,
y alimentando tu pasión insana
tu puro corazón envenenaste.

Olvidala, y que presto,
ya despertando de tu error funesto,
puedas hallar la miel de los amores
de esa montaña en las sencillas flores (Altamirano, 1986d, p. 49).

El texto de Altamirano presenta a la mujer desde el desamor. Físicamente, él no fue muy agraciado; sin embargo, toda esa fealdad (como él mismo lo expresó) fue natural y ampliamente recompensada con una gran inteligencia. De esta manera se comprende por qué en sus primeros años no fue correspondido en sus intenciones amorosas. En el poema citado, Altamirano habla de cómo una joven de la que está enamorado había favorecido que él se ilusionara y se pensara correspondido. La realidad es que tal cosa nunca ocurrió y que, perversamente, la joven sólo había jugado con los sentimientos del enamorado.

La imagen que del género femenino se da es negativa, pues, como respuesta al amor sincero, la joven ha provocado el sufrimiento del hombre y envenenado su corazón con la amargura del desprecio. Y lo peor es que esto podría haberse prolongado por tiempo indefinido, si él mismo no se hubiera dado cuenta de lo vanos que eran sus esfuerzos por conquistar a la joven y decidiera huir hacia la naturaleza. Quizá en el poema de *Las abejas*, la joven a la que dedicó esos versos ni siquiera se enteró de lo que había provocado en el joven Altamirano, quizá él mismo confundió el amor con la amistad, como suele suceder en los años mozos.

42

Otro espacio para escribir textos sobre mujeres lo propició una de las costumbres más frecuentadas de la época: los álbumes de las damas de sociedad. “Durante la segunda mitad del siglo XIX, los retratos fotográficos en tarjetas tuvieron gran aceptación entre el sector dominante, política y económicamente en México” (Valencia, 2021, p. 31). Algunas de estas mujeres coleccionaban tanto fotografías como tarjetas de presentación como parte de su vida cotidiana y muchas intentaban personalizar lo más posible ese pasatiempo con algo más; por ejemplo, algún poema escrito a solicitud. En uno de esos álbumes, Altamirano escribe con amargo sarcasmo el poema “A Leonor en su álbum”:

El oscuro color de mi semblante
ha espantado tal vez vuestra belleza,
porque queréis, señora, en vuestro amante
un monstruo de hermosura y de riqueza.

Cuando algún indio como yo, señora,
de tez cobriza, de melena dura,
de una Venus de Gnido se enamora
debe hallarse atacado de locura.

Yo odio a las mujeres casquivanas
que abundan como vos, sin duda alguna,
que andan de sus personas muy ufanas
sin mirarse jamás en su tontuna (Altamirano, 1986b, pp. 157-158).

Si bien Altamirano dejó de escribir poemas ante la crítica de su maestro Ignacio Ramírez, quien le dijo que eran malos, eso no fue impedimento para que de vez en cuando, a solicitud de alguna dama o pareja ocasional, se atreviera a hacer a un lado la crítica y escribiera de manera particular sus versos. El poema a Leonor lo hizo cuando él ya era casado y tenía prácticamente resuelta tanto su vida personal como profesional; sin embargo, eso no fue impedimento para que con plena conciencia de lo que era y hacía escribiera ese texto. En sus distintos escritos –y este no es la excepción– se mostró orgulloso de su origen humilde y de sus rasgos físicos: la tez cobriza, la melena dura y su fealdad. Pese a ello, tenía amistades femeninas quizá demasiado cercanas, algunas de ellas capaces de tener amoríos ocasionales con cualquiera, tal vez abusando de su belleza o de su “tontuna”.

En este poema, Altamirano presenta a una mujer dueña de una belleza como la de “una Venus de Gnido”, gracias a lo cual es muy probable que obtuviera favores de los hombres que la cortejaban. Esas mujeres, según Altamirano, creen tener grandes atributos pero son incapaces de reflexionar, y así lo deja escrito en el álbum de Leonor, quizá con la intención de concluir lo que había iniciado, pues, si en un principio le atrajo su belleza, al final venció el odio que él tenía por las mujeres casquivanas.

La mujer, fundamento ciudadano de la nueva patria

Las imágenes que nos ha presentado Altamirano hasta aquí pueden darnos una idea, sin duda parcial, de cómo veía a las mujeres; es muy probable que no estemos de acuerdo con esa mirada, pues se presenta desde una postura dominante.

Sin embargo, en sus discursos –género literario que también cultivó– nos presentó otra imagen de la mujer. Indudablemente no es lo mismo escribir un poema que un discurso. En el primero de los casos casi siempre el asunto es más personal, incluso sentimental; en el segundo hay otro tipo de motivación. Así, con motivo de un aniversario del Conservatorio de Música en la ciudad, Altamirano escribió un discurso que tituló *Influencia moral de la música*, donde hace una breve reseña sobre cómo la presencia musical ha acompañado a la sociedad y cómo podría además ser útil para defender a la patria: si las puertas de esta institución se abrieran a la mujer, señaló, se les ayudaría a que se liberaran, puesto que saldrían de la miseria, del ocio y de la ignorancia. En unas cuantas líneas dejó en claro cuál era su postura: a la mujer se le debían dar alternativas de superación, una de ellas era el estudio musical. Hacerlo era otra forma de defender a la patria e incluso una forma de vengar todas las ofensas que se le habían hecho en el pasado:

Hoy, con el arte, la mujer será, cuando esposa, una compañera amable, instruida y laboriosa; y si no encuentra apoyo en el mundo o rehúsa los encantos de la unión conyugal, encontrará en compensación la independencia que da la gloria y el amor que inspira el talento (Altamirano, 1986g, p. 204).

44 Este discurso se pronunció ante una comunidad: los maestros, los alumnos y las familias de esos estudiantes. La postura crítica que presentó Altamirano puede considerarse más franca y abierta, puesto que no hablaba para una persona, sino que estaba dialogando con un sector especializado de la sociedad: los músicos, a quienes consideraba más sensibles. A ellos (los que ya eran profesionales y los que se estaban formando) les planteó la posibilidad de abrir y compartir ese ámbito que se mantenía monopolizado por los hombres. Las mujeres también podían y debían incursionar en el mundo musical. Al hacerlo, quizá no se dedicarían de manera formal a cultivar ese arte; sin embargo, haría de ellas personas preparadas, mejores esposas y madres de familia; con eso también se contribuiría al progreso de la sociedad mexicana.

Por el contrario, si las mujeres decidían no casarse, gracias a la música tendrían la oportunidad de emanciparse. Implícitamente lo que Altamirano estaba planteando era romper con una tradición de siglos que, a pesar de que México había declarado ya su independencia, se mantenía inamovible: ellas seguían siendo la hija de, la esposa de, la madre de, la hermana de alguien más. Siempre subordinadas a un hombre. La música, en cambio, les ofrecía la gran oportunidad para ser ellas mismas en virtud de su talento. Altamirano pronunció este discurso en 1870, cuando tenía treinta y seis años. Puede considerarse que no fue producto de una improvisación, sino algo perfectamente meditado. Se trataba de una convicción.

Independientemente de las implicaciones inmediatas que pudo haber tenido ese discurso, lo que interesa enfatizar es la postura de un hombre como Altamirano en la sociedad mexicana de la segunda mitad del siglo XIX. Él estaba convencido de que para refundar a la patria lo que se requería era cambiar no solo el sistema político —la república como forma de gobierno— sino plantear un nuevo México, una nueva sociedad que contemplara e incluyera a la otra parte, a la mujer; pero no de una manera subordinada sino a la par, hombro con hombro. Sólo así se podría avanzar. Hoy diríamos que Altamirano ya pensaba en la paridad de género, aunque ese término aún no apareciera.

La educación y el nuevo porvenir de la mujer

Las imágenes de las mujeres que Altamirano esbozó no fueron casos aislados. Algunas las presentó en las crónicas semanales que escribió durante 1869. En una publicada en febrero de ese año nos da dos noticias. La primera es la aparición de un semanario destinado a señoritas, que recién había comenzado a editarse en la ciudad de Mérida y que elogió como una muy buena iniciativa para las mujeres. La otra nueva era que

Otra Sociedad benéfica ha establecido un colegio profesional para señoritas, en la calle del Puente de Jesús María, bajo la dirección de la señorita doña Dolores Prieto. En este colegio, y por una módica retribución de tres pesos mensuales, una niña puede adquirir diversos y sólidos conocimientos, pudiendo en pocos años ser a su vez una profesora, o tener con sus talentos un recurso para vivir con facilidad. Este instituto no puede ser más útil y el viene a llenar una necesidad

que se hacía sentir en México, en donde la educación de la mujer está bastante descuidada (Altamirano, 1987c, p. 222).

La idea era, por un lado, promover este colegio que sin duda era muy necesario para la educación de las mujeres desde su más tierna infancia. Destaca el que se tratara de una institución de y para señoritas y de que ahí se pudieran adquirir conocimientos sólidos que bien podrían aprovecharse para que en el futuro esas alumnas se convirtieran en profesoras. Así Altamirano veía que con la música —como ya lo había propuesto— o con la docencia, las mujeres podrían alcanzar una mejor forma de vida y dejar atrás su descuidada educación.

Implícitamente ratificaba la idea de que las mujeres dejaran de depender de un hombre y perfilaba la propuesta de que ser profesoras era un trabajo remunerado y apropiado para las mujeres. Ellas se encargarían de formar a las niñas del futuro de la mejor manera, con conocimientos sólidos y variados y con ello el país mismo saldría ganando. No se olvide que estos planteamientos los hizo Altamirano en el marco de la construcción de la patria, recién restaurada la república, donde quizá ya se había ganado en lo político, pero faltaba mucho por hacer en lo social y, especialmente, en la preparación de la población.

En otra de sus crónicas semanales, Altamirano ofreció noticias de la inauguración de un instituto de educación secundaria para señoritas, que recién había abierto sus puertas en la Ciudad de México. Esta no era una escuela más, era el lugar en donde

De hoy en adelante, y siguiendo fielmente el plan propuesto por la señorita [Belén] Méndez, la mujer pobre de México no tendrá por único porvenir el trabajo estéril de la costura, o el triste de la servidumbre, o la miseria o algo peor, sino que podrá rivalizar con el hombre en ciertos ejercicios, o aventajarle por su mayor aptitud en otros (Altamirano, 1987b, p. 327).

Altamirano aprovechaba el espacio periodístico para comunicar lo que consideraba más relevante; sobre todo lo relacionado con la educación de los más pobres. Cada vez que había algún asunto relacionado con ese tema lo daba a conocer, sobre todo si se trataba de mujeres que eran las más necesitadas.

Llama la atención el hecho de que Altamirano diera cuenta de cuál era el porvenir de la mayor parte de las mujeres de ese tiempo: o la costura o la servidumbre o algo peor, pero al final la miseria. Todavía en la segunda mitad del siglo XIX, había pocas expectativas para el denominado “sexo débil”. En esa época –como ya se anotó–, una mujer sola que no estaba bajo “la protección” de un hombre tenía pocas oportunidades. Altamirano era muy consciente de que debía hacerse algo al respecto; esto es, mejorar la educación del pueblo en general y, especialmente, de las mujeres. Solo con educación podría generarse un verdadero cambio tanto en lo individual como en la sociedad. Asimismo, la escuela era la opción para que, de acuerdo con sus propios talentos, algunas de ellas pudieran superar a los hombres. Él no tiene ninguna duda al respecto e implícitamente lo acepta. Parece algo obvio; sin embargo, debe tomarse en cuenta que la formación escolarizada para mujeres no era precisamente una idea generalizada. Quizá cuando Altamirano señalaba que las mujeres podrían aventajar a los hombres, se refería a esa profesión tradicionalmente aceptada para una señorita: la de ser profesora.

Además, Altamirano insistió en que, con esta institución para las jóvenes, toda la sociedad mexicana ganaba, porque en el futuro se podría contar con madres y mujeres mayormente preparadas, gracias a una educación que resultaba más acorde con los nuevos tiempos; es decir, una educación verdaderamente republicana. Como hacedor de la patria, Altamirano tenía presente que el triunfo republicano que se había obtenido con la fuerza de las armas debía sostenerse con la educación que pudiera brindarse al pueblo en general y, especialmente, a las mujeres, quienes tradicionalmente eran las responsables de la crianza de los niños. Madres cultas podrían criar de mejor manera a los futuros ciudadanos que México tanto necesitaba.

Más adelante, en otra crónica que Altamirano publicó a principios de 1870, tuvo la oportunidad de dar seguimiento a lo que pasaba con la secundaria para señoritas que había fundado la maestra Méndez. Es importante destacar que en su crónica de la semana informó que se trataba de una ceremonia especialmente solemne, puesto que había asistido el presidente Benito Juárez y se había instalado la Academia de Ciencias y Literatura. Acudieron los miembros de la Academia, los representantes de la Junta de Instrucción Pública, los profesores de las escuelas Nacional Preparatoria, de Jurisprudencia, de Medicina y de Ingenieros, entre otros. Como se ve, fue un

acto que congregó a los principales representantes del ámbito educativo del país. Precisamente en ese marco, de acuerdo con lo que destacó el maestro Altamirano, también asistió la directora del ya denominado Colegio Nacional de Instrucción Secundaria: la maestra Méndez, quien pronunció un importante discurso:

Mucho placer causó a todos, lo repito, ver a esta señorita y a las jóvenes e ilustradas profesoras de su colegio, asistir a esa gran fiesta de la ciencia, porque esto nos indica que la *mujer* en México sale ya del rango inferior a que la había relegado la educación antigua, y se eleva ya a las regiones de la ciencia y de la gloria (Altamirano, 1987a, p. 62).

Es importante valorar la participación de las mujeres en nuevos espacios del conocimiento que se habían mantenido cerrados, entre otras razones, porque estaba sumamente arraigada la idea de que las mujeres eran incapaces de abordar temas relacionados con la ciencia. De ahí que destaquen dos planteamientos: el primero, que las maestras tuvieran la posibilidad de asistir y además tener voz; eso implicaba un golpe de timón en el espacio público. Implícitamente se reconocía que ellas tenían algo relevante que comunicar. No debe olvidarse que la participación de las mujeres todavía se mantenía predominantemente circunscrita al ámbito familiar. Que incursionaran en parte del mundo masculino sin duda abría una serie de posibilidades tanto en el corto como en el mediano plazo.

El segundo planteamiento tenía que ver con la decisión de Altamirano de incluir en su crónica de la semana esa reseña de la ceremonia de la Academia. En su faceta periodística, él decidía cuáles eran aquellos asuntos y acontecimientos que consideraba relevantes y que le aportaban algo a su público lector. Sin duda, incluía sus propias filias y fobias; es decir, estaba presente su subjetividad. De ahí sus comentarios sobre el placer que les había causado el discurso de la maestra Méndez o la afirmación de lo que era una convicción: la mujer ya estaba preparada para salir de ese rango inferior en que la había colocado la educación antigua que regía al país. Las jóvenes estaban listas para acceder y participar de manera activa en nuevos ámbitos, como la ciencia, y con ello alcanzar la gloria.

Margarita Maza, modestia y dignidad republicanas

Una imagen singular que nos legó el maestro Altamirano fue, sin duda, la de la esposa del presidente Juárez, la señora Margarita Maza Parada, que había muerto. Hay que resaltar que, para ese momento, 1871, ya era evidente el distanciamiento que se había dado entre él y Juárez por motivos políticos (Altamirano expresó abiertamente su rechazo a la reelección de Juárez en la contienda presidencial de ese año y, a la vez, dejó en claro que apoyaba abiertamente la candidatura del general Porfirio Díaz). Una vez que Juárez se declaró vencedor, la ruptura se volvió inevitable; no obstante, no fue impedimento para que Altamirano le dedicara un texto en recuerdo de la fallecida esposa del presidente.

En su crónica de la semana planteó que era una enorme pérdida no solo para su familia sino para todo el país, porque se trataba de la representación personificada de la república. Era la mujer con todas las virtudes, mismas que la acompañaron a lo largo de su vida y hasta el final de su existencia. Una de ellas fue la modestia. Pese a ser la esposa de quien ocupaba la máxima magistratura del país, siempre se presentó sin lujos y sin vanidades. Como parte de su última voluntad pidió que su funeral fuera sencillo, sin lujos ni derroches. Todo esto fue cumplido, porque ni siquiera hubo invitaciones ni ceremonias ni cualquier otra actividad, como era la costumbre de ese tiempo. Altamirano insistió en que la sociedad entera, sin distinción de partidos políticos y a pesar de las divisiones que generalmente prevalecían, se mantuviera unida para rendir un homenaje a una persona tan eminente.

La ciudad entera se había paralizado, todos los negocios y actividades se cerraron. Simplemente el cortejo que salió de la colonia de los Arquitectos hacia el panteón de San Fernando hizo su lento recorrido encabezado por Juárez y los ministros de su gabinete, así como los representantes de algunos de los países con los que ya se mantenía una relación diplomática; pero sobre todo fue acompañada por un gran número de la gente más humilde: artesanos, niños de las escuelas de la beneficencia, personas desconocidas que de manera espontánea salieron a despedir a quien consideraban una mujer excepcional.

Margarita Maza de Juárez, era digna por todos motivos de ser sentida generalmente.

Era hermosa, con esa hermosura llena de modestia, que es como el distintivo de la mujer pura. La serenidad de su alma se reflejaba en su semblante, y la inteligencia brillaba en sus ojos negros y dulces.

Esa señora era el ornamento de su sexo, era la personificación de las virtudes cristianas y de las virtudes patrióticas de la mujer (Altamirano, 1987d, p. 20).

Altamirano subrayó que, por fuera, Margarita Maza era hermosa, con ojos negros y dulces. Pero por dentro ella contaba con la sinceridad de las mujeres republicanas y la delicadeza democrática. No era casual que destacara esas virtudes en la esposa del presidente Juárez, pues para Altamirano la república y la democracia eran dos de los más importantes atributos que debían defenderse en el país. El proceso histórico nacional había demostrado que no era la monarquía lo que más nos convenía; tres siglos habían sido la muestra de que eso era un error y, sin embargo, la república por sí sola no bastaba: se necesitaba democracia. Que el presidente Juárez no hubiera respetado el mandato del pueblo era antidemocrático y justamente eso se debía evitar. Por eso mismo, el que Altamirano le asignara esos atributos a la señora Maza tenía un gran significado, pues se aunaban a las otras virtudes: las cristianas y las patrióticas; todo conjuntado en una personalidad que sin duda era un ejemplo no solo para otras mujeres, sino para todos los mexicanos en general.

La confirmación de sus palabras era el que todos los verdaderos republicanos la habían acompañado a su última morada, porque —como anotó Altamirano— ella era una mártir de la causa santa de la patria. La señora Maza personificaba la bondad, la afabilidad, la serenidad, así como la distinción, la inteligencia, el patriotismo y la república misma. Con sus palabras, Altamirano reconocía, implícitamente, que una mujer como Margarita valía por ella misma, sin importar que fuera la esposa de quien era. A lo largo de su vida había sido una gran persona, que siempre se mostró dispuesta a apoyar a todos, en especial a los más necesitados. Aunque ella ocupara una alta posición social, supo ante todo ser esposa y madre. De ahí que constituyera un ejemplo para otras mujeres.

Para Altamirano, Margarita Maza tuvo la inteligencia para reconocer que el poder debía servir para ayudar a quien más lo requiriera. Escuchando a unos, dando algún apoyo económico a otros o intercediendo por algún reo ante su marido, siempre se mostró dispuesta a proteger a quien se lo solicitara. Por

eso todo lo que esa mujer había hecho a lo largo de su existencia se veía de alguna manera retribuido en la gran consternación que causó la noticia de su fallecimiento y que la gente de manera espontánea saliera a acompañarla en el cortejo fúnebre y que al concluir el sepelio todos los asistentes se retiraran del lugar con una gran desolación al saberse huérfanos. Margarita debía ser un ejemplo del tipo de mujeres que se necesitaban en esta nueva patria de los mexicanos.

Mujeres: de la realidad a la ficción

He dejado para el final los retratos que Altamirano presentó en sus novelas. En primer lugar porque ya en otros momentos se han trabajado temáticas similares por otros autores que lo han abordado desde la perspectiva específicamente literaria (Acevedo, 1940; Cárabe, 2019; Girón, 1981; Gomáriz, 2001; Gutiérrez, 2006; Lander, 2001; Millán, 1957; Petersen, 2014; Quirarte, 1999; Rojas, 2018; Schmidt, 1999; Vázquez, 2011 y Zepeda, 2014). En segundo lugar y particularmente relacionado con el sentido de esta investigación, porque el maestro concibió a las novelas como *el libro de las masas*, destinado especialmente a los más pobres, donde predominaban las mujeres. Paradójicamente —pues la mayoría de la población seguía siendo analfabeta—, esas novelas se dirigían a un público lector: el femenino. Y ya fuera porque algunas sabían leer o porque, como era costumbre de la época, varias se reunían para escuchar la lectura de una obra, las mujeres se convirtieron en las principales destinatarias de esos textos:

Quizás la novela está llamada a abrir el camino a las clases pobres para que lleguen a la altura de este círculo privilegiado y se confundan con él. Quizás la novela no es más que la iniciación del pueblo en los misterios de la civilización moderna, y la instrucción gradual que se le da para el sacerdocio del porvenir. ¡Quién sabe! El hecho es que la novela instruye y deleite a ese pobre pueblo que no tiene bibliotecas, y que, aun teniéndolas, no poseería su clave, el hecho es que entretanto llega el día de la igualdad universal y mientras haya un círculo reducido de inteligencias superiores a las masas, la novela, como la canción popular, como el periodismo, como la tribuna, será un vínculo de unión con ellas, y tal vez el más fuerte (Altamirano, 1987e, p. 56).

Dado que prácticamente la mayor parte del pueblo de México no tenía acceso a los libros, la novela podría ser el libro de las masas; por ende, debía promoverse su producción y cuidar los temas que en ella se abordaran. Las novelas tendrían varios fines utilitarios: educar a los lectores, iniciarlos en los conocimientos de la civilización y ofrecerles entretenimiento. Si, como ya se dijo, el público femenino era su principal destinatario, este podría en primera instancia abreviar y aprender de esa fuente, para después influir en su círculo inmediato, en su cotidianidad. Bajo esa premisa resulta fundamental para este trabajo conocer cuáles son los retratos de mujer que Altamirano nos presenta en sus novelas.

Altamirano escribió siete novelas: *Antonia*, *Atenea*, *Beatriz*, *Clemencia*, *Julia*, *El Zarco* y *La Navidad en las montañas*. Un aspecto para destacar en primera instancia son los títulos. Indudablemente había la intención de que las mujeres tuvieran una representación protagónica. Las posibles lectoras podrían reconocerse en esos personajes desde el nombre y, especialmente, por los roles que esos personajes principales tenían en la trama. El hecho de que alrededor de cada una de ellas se desarrollara el argumento implícitamente pretendía comunicar y resaltar la vida misma de las mujeres. Esto es, hacer comprender que debía dejarse a un lado el papel subordinado en el que se las había mantenido por tanto tiempo dentro de la sociedad del siglo XIX, sin tomar en cuenta que, al menos políticamente, México ya había cambiado.

Además, la lección que se pretendía enseñar era que había tanto personas virtuosas como malvadas, sin importar su condición social. Tarde o temprano, cada una se encontraría con su destino. Por supuesto que, al final, el bien terminaría por triunfar. Con sus novelas, Altamirano aspiraba a que las mujeres se reconocieran en sus personajes, en especial con los íntegros; que primero aprendieran y, más tarde, enseñaran a sus hijos el deber ser.

52

En su novela *Antonia*, Altamirano la presenta de la siguiente manera:

La niña de aldea era en esto, como en muchas cosas, igual a la mujer de corte [...] La aldeanita me daba una instrucción completa. La mujer de la ciudad, la mujer de mundo hace lo mismo. Observad que es ella siempre la primera que legisla, sea joven o vieja (Altamirano, 1986a, p. 22).

Se trata de una mujer. Como cualquier otra, sin importar que sea de pueblo o de ciudad, como la gran mayoría de las mujeres mexicanas jóvenes de su tiempo que recién está despertando a la vida amorosa. Independientemente de la descripción física –que es innecesaria puesto que la belleza de estas muchachas radica en su juventud–, resulta que no es la más virtuosa porque lo que tienen en común con las mujeres de la ciudad es que se aprovechan de los jóvenes que intentan conquistarlas. En realidad, sin importar su edad, al final ellas terminaban haciendo lo mismo en cuestión de amores: su voluntad. Esa situación las colocaba en un enorme riesgo porque no solo no distinguían entre un hombre bueno y uno malo, sino que incluso podían arruinar su vida debido a su mala elección.

Aunque parecía obvio, cuando las mujeres encontraban a un hombre bueno y dispuesto a hacer hasta lo imposible por ellas, les parecía poco atractivo y sin interés. Por el contrario, cuando otro tipo de hombre que no tenía las mejores intenciones se presentaba con uniforme militar, eso era suficiente para conseguir lo que quisiera. El retrato de *Antonia* resulta pertinente porque había que romper con esa costumbre y esas malas relaciones. Con esa pequeña novela, Altamirano pretendía enseñar que las mujeres, las que se necesitaban en la república, debían ser de otra manera. Debían saber elegir a los hombres buenos para no desperdiciar su vida. Implícitamente, al cambiar las mujeres los hombres también lo harían porque de lo contrario no podrían relacionarse con nadie.

La novela *Beatriz* puede considerarse como una continuación de *Antonia*. Altamirano retoma el personaje de Jorge, quien nos refiere otra experiencia con una nueva mujer, cuya edad estaba entre los treinta y cinco y treinta y ocho años y que era madre de uno de sus compañeros de escuela. Físicamente la describe con cabellos rizados “sobre una frente blanca y tersa; ojos negros, dulces y apasionados, revelando inteligencia y energía; nariz altiva; labios de granada, sensuales y húmedos; un cuello erguido; todo, en fin, me hizo reconocer por instinto que aquella mujer no era vulgar” (Altamirano, 1986e, pp. 80-81).

Se trataba de una mujer relativamente joven, casada y con un hijo. Un ama de casa que viste bien y lleva una vida cotidiana que responde al deber social de ese entonces: cumple con sus deberes religiosos y familiares. Por supuesto, es inteligente y, aunque Altamirano no lo menciona abiertamente,

es una mujer preparada, tanto que puede ser todavía atractiva para muchos hombres como es el joven Jorge.

En *Atenea*, Altamirano nos presenta otro retrato de mujer cuya vida transcurre en Venecia; alguien que, aunque se sabe que es europea por su educación, finalmente denota un carácter americano. Esto no es casual, pues su madre era argentina, lo que le da una esencia muy particular. En ella se conjugan los dos mundos. Sin embargo, hay algo que resalta: “Observad que las mujeres de talento que poseen conocimientos variados y extraordinarios no dan gran importancia al dinero” (Altamirano, 1986c, p. 265).

Esta joven mujer posee una amplia cultura que la convierte en un ser incapaz de amar. Con ella se podía entablar una conversación sobre casi cualquier tema y eso, que bien podría considerarse una gran virtud, la volvía una mujer peligrosa para los asuntos amorosos; sin embargo, Altamirano reconoce que esos conocimientos que posee contribuyen también a que la mujer no conceda ninguna importancia al dinero o a las cuestiones materiales. Al final, *Atenea* es una mujer que resulta un enigma, pues, aunque muy preparada, no se sabe a ciencia cierta qué esperar de ella en su relación con los hombres ni cómo puede vincularse con ellos en el ámbito sentimental. Punto importante: la educación en la mujer se vuelve un obstáculo para la relación amorosa. Como se decía en el siglo XIX y aun en el XX: “Mujer que sabe latín ni pesca marido ni tiene buen fin”.

En la novela *Clemencia*, Altamirano muestra las imágenes de dos mujeres que, aunque amigas son, al mismo tiempo, muy diferentes: Isabel y Clemencia. La primera era rubia, de ojos azules, alta y esbelta. La segunda, morena, con cabello y ojos oscuros. Una era de tipo inglés; la otra, de tipo español. Esta caracterización física era independiente de la carga positiva o negativa en lo referente a sus acciones y actitudes personales. Es decir, no determinaba si era buenas o malas personas.

54

Clemencia se parecía mucho a su amiga. Adoraba la forma, creía que ella era la revelación clara del alma, el sello que Dios ha puesto para que sea distinguida la belleza moral, y en sus amigas y amigos examinaba primero el tipo y concedía después el afecto (Altamirano, 1986f, p. 185).

Clemencia era una mujer muy inteligente; sin embargo, era orgullosa y caprichosa porque era hija única y estaba acostumbrada a que se cumplieran

sus caprichos. Se muestra desdenosa o comedida dependiendo de quién le interese o no en el terreno amoroso. La juventud la impulsa a competir con su amiga a fin de ganar el favor del hombre a quien ambas dicen amar. Es la mujer que sufre al verse despreciada, que no se conforma con lo que parece una derrota; al mismo tiempo se arrepiente por engañar a otro hombre al que le finge interés, sabiendo que solo es un juego.

Clemencia es consciente de quién es quién cuando define sus preferencias: un hombre con todas las virtudes, pero poco agraciado en lo físico, es descartado frente a otro que es lo opuesto y a quien ella prefiere porque lo encuentra altamente atractivo. Aunque se le presenten todas las pruebas que demuestran que su guapo enamorado es un traidor y mal hombre no solo en lo personal sino como militar, ella rechaza todo argumento y no acepta que su elección sea equivocada porque considera que está de por medio su orgullo y porque prefiere engañarse pensando que el militar es una víctima. Clemencia es, a fin de cuentas, una mujer que a pesar de provenir de una cuna rica esta no la dotó ni de la sensibilidad ni de la inteligencia para reconocer a un buen hombre. Sin embargo, cuando la persona a quien ama le revela su traición, ella se redime porque tiene dignidad.

En la novela *Julia*, Altamirano nos presenta una joven mujer en una situación poco convencional debido a que andaba sola en la calle a altas horas de la noche. Tras una breve presentación se sabe que se trata de una muchacha huérfana que tuvo que abandonar el hogar materno a causa de que su padrastro la tenía encerrada con el propósito de despojarla de su fortuna. Ante esa injusticia, Altamirano nos muestra a una mujer fuerte, valiente y resuelta para defender lo que le pertenece.

En el momento en que transcurre la trama, mediados del siglo XIX, una mujer en esa condición tenía dos alternativas: o casarse o enclaustrarse en un convento. Julia intentó lo primero pese a no estar enamorada; sin embargo, su pretendiente no decidió casarse porque, a fin de cuentas, tampoco la amaba lo suficiente. Lo segundo, el convento, no era opción para ella, pese a que sus propios conocidos se lo recomendaban ampliamente. Esto es, una mujer que quizá no sabe lo que quiere, pero que sí sabe lo que no quiere y lo defiende contra todo y contra todos.

Ante la negativa de Julia de ingresar al convento, la solución era la boda, ahora arreglada por su padrastro con su sobrino idiota, el cual a Julia le resultaba nada atractivo. Entonces, ante la disyuntiva del matrimonio

arreglado a conveniencia de su padrastro o el convento, la decisión de esta joven fue revelarse contra ese destino que ella no eligió. Sin duda, eso no fue complicado; lo primero fue huir de su casa solo con lo que llevaba puesto.

Más adelante, Julia se enfrenta a una disyuntiva amorosa, para la cual estaba poco preparada: debe elegir entre dos pretendientes, uno mexicano y otro extranjero. Lejos de reconocer en el mexicano al amor de su vida, se engañaba al preferir al extranjero y no solo eso: era incapaz de darse cuenta de que el primero hacía todo por protegerla porque ella lo era todo para él; no obstante, ciega e injusta, ese amor se lo atribuye al extranjero, en parte porque el propio mexicano así se lo hace creer.

En distintos momentos de la novela, Altamirano nos presenta a una mujer fuerte, valiente, decidida, resuelta y convencida de quien era: “yo, nacida en la riqueza y educada en medio de las comodidades, estaba dispuesta a renunciar a todo eso; pero nunca a mi libertad y a mi dicha” (Altamirano, 1986h, p. 58). Altamirano aquí pondera dos cualidades que deberían ser inalienables no solo de cualquier mujer, sino de cualquier ser humano: la libertad y la dicha. Por ellas había que luchar a cualquier precio. Julia era un ejemplo de ello: “Soy de esas mujeres excepcionales que no necesitan de su familia para defender su virtud, porque les basta su dignidad. Soy de esas mujeres que piden para vivir tranquilas, la aprobación de su conciencia, y que desprecian lo demás” (Altamirano, 1986h, p. 59). Con esta descripción lo que nos deja ver el autor es que las mujeres en general debían ser como Julia; en otras palabras, emanciparse de la tutela de cualquier hombre, aunque fuera de su propia familia, y tener como única guía su propia conciencia.

En la novela *La Navidad en las montañas*, el personaje central femenino es Carmen, la joven más hermosa del pueblo. Vestía muy bien y se notaba que era de una familia acomodada. Tenía como veinte años; era blanca, alta y esbelta de “ojos negros, aterciopelados y que velaban largas pestañas, así como sus mejillas color de rosa, su nariz fina y sus labios rojos, frescos y sensuales. ¡Era muy linda!” (Altamirano, 1986i, p. 138).

Sin duda era una bella mujer que, además, era sobrina del alcalde del pueblo, lo que la ubicaba en una situación social privilegiada por encima de la mayor parte del pueblo. Cuando un joven decidió poner sus ojos en esta mujer, evidentemente fue rechazado porque tenía fama de ser mujeriego; sin embargo, al saber que iba a ser reclutado de manera forzosa ella se dio cuenta de que en verdad lo amaba y que su ausencia le producía mucho sufrimiento.

Cuando, gracias a la intervención del cura, vuelven a hablar, ambos reconocen el amor mutuo que se tienen. Entonces vemos a una mujer bondadosa, virtuosa, pura, que actuó como debía hacerlo cualquiera que estuviera en su lugar; es decir, que en un principio no podía corresponder a un hombre que no mostraba buenas virtudes, pero cuando él enmendó sus faltas ya no había impedimento para consolidar su amor. Esta reconciliación ocurrió en la celebración de la Navidad.

En la novela *El Zarco*, Altamirano nos muestra dos personajes femeninos: Manuela y Pilar. La primera tiene la tez blanca y es hija de la dueña de la casa; la segunda, morena, es la ahijada. Las dos poseían grandes ojos oscuros, boca encarnada, pero físicamente opuestas. En cuanto a su carácter también eran diferentes. Mientras Pilar se conformaba con cualquier cosa, tenía claro que quería casarse. Manuela en cambio tenía claro que no quería compromisos ni se conformaba con cualquier hombre. Pese a vivir juntas con la mamá de Manuela, esta prefiere el camino de la perdición; en lugar de unirse a un hombre honrado, prefiere a un bandido. Pilar por el contrario sabe distinguir el bien del mal, además de considerar que su elección generará la dicha o la desgracia de su madrina.

Manuela es soberbia y con falso orgullo se muestra dispuesta a engañar y a unirse a un delincuente con tal de buscar aventuras y nuevas emociones. Es ingrata porque no le importa hacer sufrir a su propia madre con tal de cumplir sus caprichos y así se lo dice al bandido:

Mira —añadió Manuela, con voz sorda y en el extravío de su pasión frenética—, yo quiero, en efecto, mucho a mi mamá, aunque de pocos días a esta parte me parece que la quiero menos; sé que le voy a causar tal vez la muerte, pero te prometo no llorar cuando me acuerde de ella, con la condición de que tú estés conmigo, de que me quieras siempre, como yo te quiero, de que nos vayamos pronto de este rumbo (Altamirano, 1986j, p. 125).

Manuela que tenía lo mejor de la vida: una madre y un hombre bueno que la amaba, además de una gran belleza, decidió cambiarlo todo por lo opuesto y eso, al final, le traerá dolor y sufrimiento. Sus malas decisiones terminaron por perderla, no sin antes provocarle la muerte a su propia madre. Por el contrario, Pilar, quien siempre se mantuvo en segundo plano, estuvo incluso dispuesta a sacrificar su propia felicidad por los otros y, sin embargo, tras el

abandono de Manuela y la muerte de la madrina no se encontró desamparada porque:

Nicolás estaba allí, su amado, su esposo futuro. El cielo se lo enviaba justamente en los instantes de mayor amargura para ella, huérfana infeliz, sin patrimonio, sin más apoyo que dos tíos ancianos, y en medio de aquella situación llena de peligros para todos (Altamirano, 1986j, p. 180).

Dos reflexiones se desprenden de esta novela: la primera, que el bien y el sacrificio personal siempre tienen una recompensa para quien bien actúa: Pilar finalmente alcanzó el amor, el respeto y la protección de un hombre. La segunda, que su premio no se circunscribía solo al ámbito profano, sino que iba más allá de lo terrenal, dado que la divinidad había designado que quedara unida a ese hombre elegido para ella.

Conclusiones

Altamirano concebía a las novelas como el libro de las masas. A falta de escuelas para toda la población y, por ende, de libros de texto, una alternativa eran las novelas. Por eso alentaba a todos los escritores mexicanos para que publicaran novelas cuya temática estuviera centrada en los hechos históricos; en particular, los que habían ocurrido a lo largo del siglo XIX. Con ello se lograría que el pueblo en general aprendiera y no olvidara su historia. Por otro lado, Altamirano también consideraba que las novelas debían servir especialmente para educar a las mujeres tomando en cuenta que, en lo general, no había instituciones educativas del nivel superior donde ellas se pudieran formar. Le preocupaba que las mujeres fueran analfabetas porque en esa condición difícilmente podrían contribuir de manera positiva en la educación de sus propios hijos.

58

Además, con las novelas de historia las mujeres aprenderían o reafirmarían los roles de género. De ahí que, con personajes femeninos como Antonia, Atenea, Clemencia o Manuela, Altamirano nos muestre que, sin importar la condición social o el color de la piel, las mujeres pueden fallar, cometer errores y, al final, padecer sus propias faltas, pero también alcanzar su redención.

Referencias

- Acevedo, A. (1940). Prólogo y selección. En *Aires de México* (pp. IX-XXII). Biblioteca del Estudiante Universitario 18.
- Altamirano, I. M. (1986a). Antonia. En *Obras completas. Ignacio Manuel Altamirano. IV. Novelas y cuentos* (pp. 13-64). Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Altamirano, I. M. (1986b). A Leonor en su álbum. En *Obras completas. Ignacio Manuel Altamirano. VI. Poesía* (pp. 157-162). Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Altamirano, I. M. (1986c). Atenea. En *Obras completas. Ignacio Manuel Altamirano. IV. Novelas y cuentos* (pp. 243-287). Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Altamirano, I. M. (1986d). Las abejas. En *Obras completas. Ignacio Manuel Altamirano. VI. Poesía* (pp. 46-50). Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Altamirano, I. M. (1986e). Beatriz. En *Obras completas. Ignacio Manuel Altamirano. IV. Novelas y cuentos* (pp. 65-89). Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Altamirano, I. M. (1986f). Clemencia. En *Obras completas. Ignacio Manuel Altamirano. III. Novelas y cuentos* (pp. 155-311). Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Altamirano, I. M. (1986g). Influencia moral de la música. En *Obras completas. Ignacio Manuel Altamirano. I. Discursos y brindis* (pp. 195-204). Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Altamirano, I. M. (1986h). Julia. En *Obras completas. Ignacio Manuel Altamirano. III. Novelas y cuentos* (pp. 35-94). Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Altamirano, I. M. (1986i). La Navidad en las montañas. En *Obras completas. Ignacio Manuel Altamirano. III. Novelas y cuentos* (pp. 95-152). Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Altamirano, I. M. (1986j). El Zarco. En *Obras completas. Ignacio Manuel Altamirano. IV. Novelas y cuentos* (pp. 93-241). Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Altamirano, I. M. (1987a). 6 de febrero de 1870. En *Obras completas. Ignacio Manuel Altamirano. VIII. Crónicas* (pp. 56-63). Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Altamirano, I. M. (1987b). 10 de julio de 1869. En *Obras completas. Ignacio Manuel Altamirano. VII. Crónicas* (pp. 317-330). Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Altamirano, I. M. (1987c). 27 de febrero de 1869. En *Obras completas. Ignacio Manuel Altamirano. VII. Crónicas* (pp. 210-225). Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Altamirano, I. M. (1987d). Bosquejo. II. La muerte de la señora Juárez. En *Obras completas. Ignacio Manuel Altamirano. XI. Crónicas* (pp. 9-21). Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Altamirano, I. M. (1987e). Revistas literarias de México. En *Obras completas. Ignacio Manuel Altamirano. IX. Crónicas* (pp. 29-174). Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Cárabe, A. (2019). *En sus zapatos: conceptos e imaginarios de Ignacio Manuel Altamirano en la construcción nacional*. Universidad Autónoma de Guerrero.

Girón, N. (1981). Selección y prólogo. En *Antología (poesías y artículos)* (pp. 9-25). Universidad Nacional Autónoma de México.

- Gomáriz, J. (2001). Nación, sexualidad y poder en *Clemencia* de Ignacio Manuel Altamirano. *Literatura Mexicana*, 12(2), 39-65. <https://doi.org/10.19130/iifl.litmex.12.2.2001.1012>
- Gutiérrez, L. (2006). El proyecto novelístico de Ignacio Manuel Altamirano. En Edith Negrín (Ed.), *Para leer la patria diamantina. Una antología general* (pp. 365-379). Fondo de Cultura Económica/Fundación para las Letras Mexicanas/Universidad Nacional Autónoma de México.
- Lander, M. (2001). Clemencia de Ignacio Manuel Altamirano, el manual de urbanidad y el proceso de formación del patriota moderno. *Literatura Mexicana*, 12(1), 11-37. <https://doi.org/10.19130/iifl.litmex.12.1.2001.936>
- Millán, C. (1957). Dos utopías. Nicolás Pizarro y Altamirano. *Historia Mexicana*, 7(2), 187-206. <https://historiamexicana.colmex.mx/index.php/RHM/es/article/view/723/614>
- Petersen, A. (2014). ¿Sacrificar al héroe para fundar nacionalismo? *Clemencia*, de Ignacio Manuel Altamirano. *Literatura Mexicana*, 25(1), 7-24. <https://doi.org/10.19130/iifl.litmex.25.1.2014.754>
- Quirarte, V. (1999). *Los imprescindibles. Ignacio Manuel Altamirano*. Cal y Arena.
- Rojas, J. (2018). Clemencia y El Zarco: la mirada dual de Altamirano. *Literatura Mexicana*, 5(1), 53-71. <https://doi.org/10.19130/iifl.litmex.5.1.1994.1086>
- Schmidt, F. (1999). Amor y nación en las novelas de Ignacio Manuel Altamirano. *Literatura Mexicana*, 10(1-2), 97-117. <https://doi.org/10.19130/iifl.litmex.10.1-2.1999.353>
- Valencia, S. (2021). Identidades de género en álbumes fotográficos del siglo XIX en México. *Relaciones Estudios de Historia y Sociedad*, 42(166), 26-46. <https://www.scielo.org.mx/pdf/rz/v42n166/2448-7554-rz-42-166-26.pdf>

Vázquez, J. (2011). Amores traicionados, patrias irresueltas: *Julia y Antonia* de Ignacio Manuel Altamirano. *Literatura Mexicana*, 22(1), 99-117. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5333541>

Zepeda, J. (2014). Componente alegórico, caracterización de personajes y descripción del entorno en *El Zarco*. En J. Moguel (Coord), *Altamirano: vida-tiempo-obra* (pp. 81-117). Cámara de Diputados/LXII Legislatura-Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública: Juan Pablos Editor. https://www5.diputados.gob.mx/index.php/esl/content/download/17871/89648/file/Altamirano_Vida_Tiempo_y_Obra.pdf